

enorme dimensión de estos dos hombres que hacía imposible su convivencia. Luego del suicidio de Alem, Irigoyen queda solo al frente de su partido. Consciente, lo conduce por áspero camino. La abstención electoral es adoptada como táctica de lucha. Aparentemente, el radicalismo desaparece del escenario político, pero entre bastidores, Irigoyen velaba.

Después de una breve exaltación romántica donde puntualiza lo que el radicalismo significa para él —elemento de unificación espiritual y esperanza criolla—, F. Luna entra de lleno a reseñar el fin de siglo con sus revueltas obreras y componendas oligárquicas. 1902, se empieza a trabajar austera y obstinadamente en la reorganización del radicalismo. El caudillo fabrica y realiza su revolución con proyecciones amplias en lo humano y territorial. Pero la falta de decisión en Buenos Aires y la falla del Arsenal, llevaron a la derrota la obra del artífice. Pasó la presidencia de Figueroa Alcorta, vencedor de Roca, y llegó el Centenario, vacío de los ideales de Moreno. En 1910, durante la presidencia de Sáenz Peña, se sanciona la ley electoral, que en vez de "Ley Sáenz Peña" —dice Luna sin ninguna modestia— debió llamarse "Ley Radical" o "Ley Irigoyen". Desde 1910 a 1916 se extiende el período de "La Reparación", que culminará con los esperanzados clamores que elevan al caudillo a la primera magistratura. En el análisis de la obra irigoyeneana no deja Félix Luna de reconocer su fracaso, pues si bien se lograron algunas mejoras, la revolución total no se realizó. La causa: oposición eterna del senado, falta de capacidad y de visión revolucionaria de sus colaboradores y del pueblo al cual quiso redimir. Pero si su labor gubernativa no obtuvo éxitos inmediatos, dejó planteados problemas que aún hoy tienen expectante actualidad: reforma agraria, política petrolera. El autor analiza en detalles —y he aquí la parte medular de la obra— la labor irigoyeneana; haciendo hincapié más bien en lo que quiso hacer que en lo que efectivamente realizó. Esto es, lograr la liberación completa del hombre americano, su plena realización. Para ello había que crearle ciertas condiciones objetivas: en lo Internacional, respeto y neutralidad. Irigoyen, en todo momento, como hombre latino-americano, adoptó una posición antiimperialista. En lo Político, absoluto respeto por la libertad. En lo Económico, perenne defensa de las riquezas nacionales. En lo Social, elaboración de un Código de Trabajo que en parte llegó a realizarse. En medio de la crítica situación mundial el primer período presidencial del caudillo, de carácter personal aunque no personalista, toca a su fin. Entre infinidad de heterodoxias Radicales, Marcelo T. de Alvear entra a regir los destinos del país. Su gobierno, carente del

"pathos" revolucionario que había animado a su predecesor, fue amorfo y honrado.

A los 76 años de edad, Irigoyen es reelegido. Hay vivencia y emoción al describir la ascensión del venerable viejo al poder. Repentinamente, el relato se torna serio y crítico al reseñar la breve obra de gobierno cumplida entre 1928-1930. Tampoco falta la crítica certera a todo lo que no hizo, quizás ya minado por los años. Entre oscuros presagios y olas de desprestigio llegó el año de la derrota: 1930. Estalla la revolución del 6 de setiembre que fue infecunda para el país; aunque tuvo un lado positivo: la depuración del radicalismo enfermo.

En tanto, el gran vencido, al igual que la nación, ceñía su corona de zarzas: enfermedad, encierro, juicio, destierro se suceden uno a uno. Las últimas páginas desbordan de lirismo. El verbo se hace evocador y patético para relatar el dolor y la muerte del gran repúblico que había mantenido al radicalismo puro y consecuente consigo mismo.

La obra de F. Luna, amplia y completa, posee ternura y entusiasmo contagiosos, no siendo a pesar de su parcialidad un panegírico.

María Eugenia Herrera de Soria

LAVARDEN, Manuel José de: Nuevo aspecto del comercio en el Río de la Plata. Con un estudio preliminar por Enrique Wedovoy. (Raigal, Buenos Aires, 1955).

La editorial Raigal ha publicado un magnífico exponente para el conocimiento social, económico y cultural de la época prerrevolucionaria en nuestro país. Se trata de un trabajo de tipo económico casi desconocido del autor del "Siripo" y la "Oda al Paraná". Lavardén lo redactó hacia el año 1801, en circunstancias de un debate suscitado por el proyecto de utilización del Puerto de la Ensenada. Por razones un tanto oscuras —Wedovoy lo atribuye a la política monopolista del virrey Del Pino— no se llegó a publicar y permaneció inédito hasta que Juan María Gutiérrez lo publicó, pero sólo la segunda parte y con un título anónimo: "El puerto de la Ensenada a comienzos del siglo presente". Llama la atención el poco interés despertado por la obra entre los historiadores del período virreinal, pues únicamente Levene, Sors de Tricerri y Blanco Acevedo se han referido a él pero solamente a la parte menos interesante: la cuestión portuaria. Para nosotros adquiere especial significación porque nos muestra la mentalidad ecléctica de la época. Este es el trabajo

que ha tomado Enrique Wedovoy y le hace un concienzudo estudio. El libro que comentamos consta, pues, del Estudio preliminar de Wedovoy, el trabajo de Lavardén, y por último, como apéndice, el Anónimo que inició la cuestión.

Esta obra económica de Lavardén constituye una fuente histórica interesantísima y sólo ella justificaría la publicación del libro. Su autor no fue sólo un teórico sino también un hombre de acción. Fue ganadero y saladerista y en 1793 se asoció a uno de los comerciantes más notables del Plata, D. Tomás Antonio Romero. Tal relación con el comerciante más progresista del país le fue altamente favorable, pues le permitió adentrarse bien a fondo en el proceso económico y conocer profundamente los problemas propios de la época. Además su nombre aparece vinculado a dos notables iniciativas en ese campo: 1º) la introducción de lanares merinos; 2º) la tentativa de crear la industria de la elaboración de la carne salada tipo irlandés en gran escala.

Igualmente fue asiduo colaborador en la Sociedad Patriótica, literaria y económica y en el Telégrafo Mercantil. Lavardén es un genuino representante de esa burguesía pensante que tan grande influencia ejerciera en el florecimiento económico del Virreinato y quizás en el movimiento político iniciado en mayo de 1810.

Lavardén divide su discurso —que hoy está inconcluso— en tres partes. “En la primera echaremos la vista por el antiguo sistema del comercio español, observando sus ruinosos efectos, y en honor de *nuestro incomparable gobierno*, convenceremos, que no la ignorancia, que comúnmente se le atribuye, sino una *política necesidad*, fue la única causa de que le mantuviese por tanto tiempo” (pág. 111). En una rápida ojeada nos penetra en la historia política y económica del imperio español, del que se muestra orgulloso integrante. Prueba que fue la saña envidiosa de sus naciones opositoras la que destruyó su grandeza y no su política obligada por las circunstancias. Se muestra ferviente hispanófilo y no siente escrúpulo en expresar su profundo desprecio por Inglaterra (“que también hay grandeza en el orden de lo perverso”) (pág. 117). Luego su entusiasmo aumenta al narrar el advenimiento de los Borbones y su emancipación de la tutela inglesa que se concreta y culmina con la Real Cédula del Comercio Libre de 1778. Ello le da oportunidad para enunciar una serie de principios económicos que Wedovoy analiza, descubriendo su neta filiación mercantilista, característica de la mentalidad burguesa de la época.

En la segunda parte —polémica pura— trata de invalidar los conceptos del Anónimo favorable a que Montevideo fuera el puerto privi-

legiado, demostrando los males del puerto único y el beneficio que reportaría al comercio del Plata la apertura del puerto de la Ensenada.

Por último, en la tercera parte, ensaya aplicar aquellos principios generales a la situación local del Virreinato. Allí sienta conceptos económicos que de aplicarlos habrían redundado en un gran beneficio para el Virreinato.

Sin duda, le asiste la razón a Wedovoy cuando dice en la primera página de su estudio: “Las ideas filosóficas, literarias y económicas de Lavardén no son un fenómeno individual sino que forman parte de toda una corriente de opinión. Son el producto de una mentalidad burguesa que tiene su base de sustentación en la realidad económica-social del Río de la Plata, y que nace y se desarrolla a medida que nace y se desarrolla nuestra burguesía mercantil, desarrollo que se apoya, a su vez, en el del comercio, la navegación, la industria, la ganadería, etc.”. Consecuente con eso Wedovoy nos deja admirados con unas selectas síntesis sobre el desarrollo de la economía virreinal, sobre los adelantos sociales del Buenos Aires del 1800 y sobre todo con dos estudios de antropología filosófica que creemos valiosísimos: en efecto, nos da las notas salientes de la mentalidad burguesa naciente en el siglo XVIII y los principios del sistema comercial que llamamos “mercantilismo”.

Buenos Aires es una ciudad de características burguesas y casi no hay nobleza. Wedovoy traza entonces un paralelo entre la vida e ideales feudales y los rasgos típicos de este nuevo panorama vital. Su exposición se basa en una amplia bibliografía y notas abundantes. Claro que se nota el especial interés del autor por resaltar los defectos de la primera para dar mayor brillo a la segunda. Y esto no es tan sencillo: la mentalidad medieval es demasiado compleja y está tan sujeta a múltiples influencias, que es imposible definirla en tres trazos. En cambio, la figura del burgués sale con todas sus características en una feliz síntesis. Siempre hemos pensado que este personaje tiene capital importancia en la crisis de valores espirituales, políticos y económicos que se sucedieron en los siglos XVII, XVIII y XIX. Rodríguez Casado, al estudiarla en la España de los Borbones, la llama “La Revolución burguesa”. Falta en nuestra historiografía un estudio similar: sin duda que saldrían insospechadas evidencias.

Al abordar las ideas económicas de Lavardén, Wedovoy afirma sin embargo que están informadas totalmente por la concepción mercantilista y para su cabal comprensión examina previamente tal sistema de principios económicos. No titubeamos al afirmar que lo mejor de su trabajo está en estas claras síntesis, que él hace dejando en cada concepto vertido

una nota bibliográfica de gran valor para el que desee profundizar el tema.

Podemos advertir, en conjunto, que su objeto es hacer de Lavardén un mercantilista y en varias notas lo resalta. Hemos meditado las afirmaciones del cantor del Paraná y aunque está casi totalmente empapado de las nuevas ideas económicas no nos animaríamos a llamarlo, como él, "naturalista y antirreligioso", porque en la última parte de su trabajo desborda de adhesión sincera a la fe católica.

Divergimos, entonces, en atribuir a Lavardén el rótulo de modernista, sin más. Creemos, por el contrario, que hay mucho más: nos parece encontrarlos con un exponente magnífico de la forma de pensamiento ecléctico que actuó como principal protagonista en los acontecimientos de 1810. Mucho se ha hablado y escrito alrededor del problema de cuál habría sido el pensamiento que acunó la formación de los hombres de mayo. Los más opuestos sectores ideológicos se atribuyen tan alta gloria: los liberales de Rousseau, los populistas de Suárez, los tradicionalistas de Jane y André. Pero ya avanza la certidumbre de que el pensamiento que jugó el principal papel fue el ortodoxo al cual imperceptiblemente se le habían ido añadiendo las ideas nuevas: es decir un pensamiento ecléctico, mezcla del tradicional y del nuevo. Y la lectura de Lavardén nos enfrenta positivamente con uno de estos hombres. Su lectura tiene entonces una importancia fundamental para penetrar el pensamiento de la época y sus problemas propios.

En síntesis, el libro que Raigal ha lanzado con el objeto de orientar la evolución del pensamiento económico argentino, al mismo tiempo que lo cumple con resultado altamente satisfactorio, tiene para los historiadores excepcional utilidad: la obra de Lavardén unida al Estudio preliminar de Wedovoy describen en rasgos lucidos y profundos los diferentes órdenes de factores que hicieron a la primera década del siglo XIX la antesala de la Revolución.

*Esteban José Fontana*

VIEYTES, Juan Hipólito: *Antecedentes económicos de Mayo*. Estudio preliminar por Félix Weinberg (Raigal, Buenos Aires, 1956).

El libro que comentamos, como casi todos los de la serie "Evolución de las ideas económicas argentinas" de la Biblioteca Manuel Bel-

grano de Estudios Económicos de la editorial Raigal, consta de dos partes. La primera, de estudio preliminar, esta vez a cargo del profesor Félix Weinberg, y la segunda, de los escritos propiamente dichos de cada personaje historiado.

En la obra que hoy nos ocupa, cobra importancia aquélla por ser Vieytes una figura poco conocida en toda su dimensión histórica.

En forma muy amena, y de la mano de Weinberg, entramos en la vida de Don Juan Hipólito. Asistimos en su hogar a sus trancos estudios, para dedicarse, por motu propio, a la economía y agricultura, su materia predilecta. Ergo, ya descubrimos en su biblioteca un barajar bibliográfico muy siglo XIX: Montesquieu, Hume, Adam Smith, Jovellanos, Mirabeau, etc.

Aparece el Semanario de Agricultura, Industria y Comercio: la hazaña es una de las más laudables de la época; las materias que trata en él son heterogéneas y en muchos casos, singularísimas.

En su trayectoria política, lo encontramos luchando contra las Invasiones Inglesas; de los primeros en la conspiración de Mayo tiene la muy poco grata tarea de reprimir la conjuración de Córdoba, —Liniérs era un amigo— de la que fue revocado. Marcha con el ejército como abastecedor de la expedición al Alto Perú. Sucesor de Moreno en la secretaría de la Junta, bien pronto se manifiesta dentro de la misma filiación, y cae en abril de 1811, siendo internado en Jáchal. Amnistiado por el Triunvirato fue uno de los diputados por Buenos Aires a la Asamblea de 1813 en la que ofició de secretario.

Luego de Fontezuelas a este "militante de la vanguardia de la Revolución en marcha", ya postrado para no levantarse jamás, lo consideran arrestado en su chacra de San Fernando, donde fallece en octubre de 1815.

En la segunda parte de este estudio preliminar, titulada "Vieytes y el drama de la agricultura colonial", Weinberg, con abundante bibliografía y transcripciones de documentos nos bosqueja la situación en que se encontraba la economía agraria colonial y el ya amenazante problema ganadero. Y surge Vieytes como el "campeón indiscutible en la prédica en favor del amplio desarrollo de la agricultura encarada en su contemporaneidad, como riqueza nacional; y en la dinámica social como una etapa ineludible para promover el adelanto de toda la economía argentina".

Con agudeza estudiaba y comparaba los perfeccionamientos técnicos y el progreso de Europa, y los plasmaba en las páginas del Semanario: maná de la colonia. Propiciar en 1805, junto con un amplio